

NEW LEFT REVIEW 129

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2021

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	Desigualdad y democracia	7
MICHAEL DENNING	Todos legisladores	33
JAVIER MORENO ZACARÉS	¿Euforia del rentista?	51
NICK BURNS	La política de Pessoa	75
MARCUS VERHAGEN	Arte y tiempo	103
PERRY ANDERSON	Timpanaro en la angloesfera	115

CRÍTICA

SASKIA SCHÄFER	Revoluciones contrastadas	130
ERIKA BALSOM	Visiones radicales del cine	141
TONY WOOD	Problemas en Ecuador	150
JOY NEUMEYER	Enterrar al Homo Sovieticus	160

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



MICHAEL DENNING

TODOS LEGISLADORES

MI INTRODUCCIÓN AL pensamiento de Gramsci, hace décadas, se produjo cuando Stuart Hall volvió a él para ayudarnos a entender el «*great moving right show*», el gran espectáculo del giro derechista protagonizado por Margaret Thatcher y Ronald Reagan¹. Teniendo en cuenta la experiencia de la última década, podríamos comenzar una reflexión sobre Gramsci partiendo de esas mismas secciones del cuaderno 13: la que trata sobre el movimiento boulangista y otra que se centra en las crisis de representación que generan respuestas cesaristas². Ambos pasajes se basan en las reflexiones del propio Marx sobre la secuencia de elección y emergencia, plebiscito y golpe, que llevó a Louis Bonaparte al poder. Ambos pasajes nos prevenían contra el economicismo simplista, que reduce la emergencia de los contramovimientos de la derecha a estrechos moti-

¹ Este ensayo fue escrito originalmente como la conferencia inaugural del congreso «Antonio Gramsci: A Legacy For The Future?», celebrado en la Universidad Simon Fraser de Vancouver. Gracias a Luca Peretti; muchas de estas ideas se elaboraron en un seminario sobre Gramsci que impartimos conjuntamente.

² Gramsci dividió sus treinta y tres *Quaderni del carcere* en notas individuales precedidas del símbolo §, escrito a mano; siguiendo su ejemplo, las ediciones críticas de su obra numeran los pasajes por cuaderno y nota: así, 1, §1 se refiere al cuaderno 1, nota 1. Las citas numeradas a continuación irán seguidas de la fuente de la edición italiana original –Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere* [1975], Valentino Gerratana ed., Turín, 2014; ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, 6 vols., Ciudad de México, 1999–seguida de la traducción inglesa, cuando esta exista: Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith eds. y trans., Londres, 1971, y/o *Prison Notebooks*, 3 vols., Joseph A. Buttigieg ed., Nueva York, 1992. Así, en este caso: A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., 13, §18 y §23; *Selections from the Prison Notebooks*, cit., pp. 158-167, 210-218.

vos económicos. Pero tal vez hayamos aprendido bien esa lección; de hecho, Giuseppe Cospito ha argumentado que, a medida que avanzaba en la redacción de los *Quaderni del carcere*, el propio Gramsci llegó a considerar el cesarismo como un concepto de valor limitado, señalando que «fue introducido en el lenguaje político por Napoleón III, que ciertamente no era un gran filósofo o historiador político»³. En estas páginas pretendo abordar la cuestión de si la concepción de la política elaborada por Gramsci puede resultar útil para la resistencia frente a estos regímenes y movimientos de la derecha, para nuestra vida y nuestro trabajo precarios. Después de todo, durante mucho tiempo se ha asumido que, como dijo Eric Hobsbawm, la «mayor contribución» de Gramsci es la de «haber sido pionero de una teoría marxista de la política»⁴.

Una primera consideración puede llevarnos a responder en sentido negativo. Ha habido dos formas principales de política gramsciana y ambas parecen agotadas. La primera fue la política de los que reimaginaron el Partido Comunista en clave del príncipe moderno; esto generó, a través del PCI de Togliatti, un nuevo tipo de partido comunista que no solo dejó su impronta en la Italia de posguerra, sino que influyó decisivamente en las remodelaciones de los partidos comunistas, socialistas y obreros en toda Europa y América Latina. No trataré de hacer balance del comunismo gramsciano, pero hay que admitir que la mayoría de aquellos nuevos partidos están hoy muertos o moribundos. La segunda forma fue la política que hizo suyo el llamamiento de Gramsci a librar una guerra de posiciones a través de las organizaciones culturales del Estado y la sociedad civil, elaborando así una nueva voluntad colectiva nacional-popular en la educación, el periodismo, la cultura popular y la filosofía. Aunque los movimientos sociales de la Nueva Izquierda inventaron nuevas formas de «política cultural», sus ideas respecto a la política no avanzaron demasiado, siendo aparentemente el «subalterno», más que el «partido», su concepto fundamental. Como decía, no intentaré tampoco hacer balance del culturalismo gramsciano, pero hay que admitir que la mayoría de las formas de esa política cultural también están muertas o agonizantes. Quizá esto no sea malo. Debemos recordar la advertencia del propio Gramsci sobre el hábito de malinterpretar a Maquiavelo como «el hombre de la política en general, como el “cien-

³ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., 17, §21. Giuseppe Cospito, *The Rhythm of Thought in Gramsci*, Chicago (IL), 2017, p. 216. Sobre Hall, véase Stuart Hall, *The Hard Road to Renewal: Thatcherism and the Crisis of the Left*, Londres, 1988.

⁴ Eric Hobsbawm, «Gramsci and Political Theory», *Marxism Today*, 1977, p. 207.

tífico de la política”, relevante en toda época y momento». En lugar de ello, sostenía, «Maquiavelo debe ser considerado en realidad como una expresión necesaria de su tiempo». «Maquiavelo es un hombre totalmente de su época; su ciencia política representa la filosofía de la época, que tendía a la organización de monarquías nacionales absolutas»⁵.

Quizá la «ciencia política» de Gramsci sea también una «expresión necesaria» de su tiempo, el corto siglo xx, una era ya terminada, la era de los tres mundos divididos entre el capitalismo fordista, el comunismo burocratizado y los modelos poscoloniales de la descolonización. Si esto es cierto, ¿existe algún futuro para el legado de Gramsci? Sin embargo, también debemos recordar el significado del giro «político» de Gramsci. Los radicales de 1848 –incluidos los jóvenes Marx y Engels– se apartaron a conciencia de las explicaciones políticas de la sociedad y la revolución, en busca de la anatomía de la sociedad civil en la economía política, llevándonos más allá de las ruidosas esferas de los mercados y los parlamentos para adentrarnos en las moradas ocultas de la producción, trascendiendo los confines de la emancipación política en la búsqueda de la emancipación humana. En una palabra: la generación de 1848 puso el acento en lo económico como un nivel de comprensión emergente, irreductible a los Estados, a los soberanos y a las constituciones. Por el contrario, se dice que la generación de Gramsci –la generación de 1917– elaboró una crítica de la herencia recibida, caracterizada por aquello que denominaron el «economicismo», para proclamar una revolución contra el *capital*, reafirmar la especificidad de lo político, repensar el «Estado y la revolución», desarrollar todo un repertorio de teorías sobre el partido político y el nuevo arte y la nueva ciencia de la política, una nueva «ciencia política». Si Marx fundó la economía marxista, se nos dice, Gramsci inauguró la política marxista.

En este ensayo, me propongo cuestionar este sentido del politólogo Gramsci mediante tres argumentos. En primer lugar, me gustaría tomar prestada y desarrollar una propuesta hecha por el gramsciano brasileño Carlos Nelson Coutinho, que defiende que, así como Marx no partió de la economía política sino de una crítica de la economía política, Gramsci no parte de la ciencia política, sino de una crítica de la misma⁶. En segundo lugar, quiero subrayar que la forma que tiene Gramsci de teorizar la activi-

⁵ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., 13, §13; *Selections from the Prison Notebooks*, cit. p. 140.

⁶ Carlos Nelson Coutinho, *Gramsci's Political Thought*, Leiden, 2013, p. 58.

dad política –la vida política de las clases populares, subalternas, las clases que «tienen que trabajar un número regular de horas todos los días»⁷– no parte de los conceptos clásicos de la ciencia política (Estado, partido, soberano). Su crítica a la ciencia política parte, por el contrario, de una idea simple, pero profunda: la de que todo el mundo es un legislador.

¿Qué significa decir esto? Sugeriré –como mi punto final– que la insistencia de Gramsci a este respecto, una idea tan fundamental para su obra como la afirmación paralela de que todo el mundo es un intelectual, nos permite elaborar una forma alternativa de entender la aportación de Gramsci a la política: ni un modelo específico de partido político, ni simplemente una comprensión de la centralidad de la cultura en la política, sino una concepción de la política en tanto que actividad organizativa. Esto puede tener especial resonancia en Norteamérica, donde la ideología de la actividad organizativa y el «organizador» tiene una larga historia, desde el legendario emigrante sueco, Joe Hill, militante de los Industrial Workers of the World, hasta el presente.

La crítica de la ciencia política

Al considerar la relación de Gramsci con la ciencia política, conviene recordar la ambigua relación del marxismo con el pensamiento económico. Desde los socialistas ricardianos, como William Thompson, que influyeron en Marx, hasta David Harvey, Moishe Postone y Anwar Shaikh en el presente, la economía política crítica ha oscilado entre, por un lado, la desmitificación de las formas de reduccionismo y ahistoricismo presentes en el pensamiento económico y, por otro, la apropiación del conocimiento que se materializa en el análisis económico del capital y el trabajo. El marxismo ha sido a la vez el rechazo de la visión económica de la vida, el rechazo del *homo oeconomicus*, y una economía alternativa o heterodoxa: unas veces, crítica de la economía política, y otras, «la economía política de la clase obrera», la «economía marxista». Hay una ambigüedad similar en la crítica de la ciencia política que inauguró Gramsci. Así como Marx consideraba la economía política como la nueva ciencia primordial del capitalismo, Gramsci, que escribía en pleno periodo de formación de lo que consideramos las «ciencias sociales» modernas, consideró la ciencia política como una forma central de conocimiento: «la ciencia política significa ciencia del Estado», escribió

⁷ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., I, §113; *Prison Notebooks*, vol. I, cit., p. 218.

en el cuaderno 15, «y el Estado es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con las que la clase dominante no solo justifica y mantiene su dominio, sino que logra ganarse el consentimiento activo de aquellos sobre los que gobierna». Como consecuencia, a pesar del «auge de la sociología» con el «éxito de las teorías evolutivas y positivistas» que trae aparejado, Gramsci insiste en que «todo lo que tiene verdadera importancia en la sociología no es otra cosa que ciencia política»⁸. Esta es la razón por la que Gramsci es considerado a menudo como un politólogo que desarrolla una nueva ciencia del Estado.

Sin embargo, Gramsci fue excepcionalmente consciente de la distinción existente entre la economía clásica y la crítica de Marx: «La economía clásica ha dado lugar –escribió– a una “crítica de la economía política”». «La “crítica” de la economía política parte del concepto del carácter histórico [del] mercado», «mientras que los economistas puros conciben estos elementos como “eternos” y “naturales”»; la crítica «plantea el carácter “transitorio” y “sustituible” de la ciencia objeto de la crítica»⁹. Queda claro, por lo tanto, que entendía su obra análogamente como una «crítica de la ciencia política». De hecho, sugiere que «la innovación básica que introduce la filosofía de la praxis en la ciencia de la política y de la historia es la demostración de que no existe una “naturaleza humana” abstracta, “fija e inmutable”»¹⁰. Tal y como Coutinho ha argumentado de manera persuasiva, «si Marx no creía [en] el *homo oeconomicus*, cuyas acciones se guiarían por una lógica “calculadora” de coste-beneficio, tampoco Gramsci creía en la existencia “natural” de un *homo politicus*, cuya principal característica –de acuerdo con la “ciencia política” burguesa, desde Hobbes hasta Weber– sería una innata “voluntad de poder” o de “prestigio”»¹¹. No obstante, al igual que Marx nunca escapó del todo al mundo de la economía clásica, Gramsci tampoco escapó nunca del todo a la nueva ciencia política. «La cuestión de la política en tanto que ciencia autónoma, del lugar que la ciencia política ocupa o debería ocupar en una concepción sistemática (lógica y coherente) del mundo, en la filosofía de la praxis, [es] –escribió– la primera cuestión que debe plantearse y resolverse en el estudio de Maquiavelo»¹². De forma análoga,

⁸ *Ibid.*, 15, §10; *Selections from the Prison Notebooks*, cit., pp. 244, 243.

⁹ *Ibid.*, 11, §52; *ibid.*, p. 411.

¹⁰ *Ibid.*, 13, §20; *ibid.*, p. 133.

¹¹ C. N. Coutinho, *Gramsci's Political Thought*, cit. p. 60.

¹² A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., 13, §10; *Selections from the Prison Notebooks*, cit., p. 136.

en su crítica del popular manual de materialismo histórico de Bujarin, Gramsci se pregunta «qué estatus podría concederse a la ciencia política en relación con la filosofía de la praxis» y si una y otra –la ciencia política y la teoría crítica marxista– «son idénticas». Inmediatamente insiste en que esto es «algo imposible de mantener, excepto desde el punto de vista más crudamente positivista»¹³.

Además, si bien es cierto que Marx desarrolló su crítica de la economía política tras un prolongado estudio de las obras de Smith, Ricardo y Mill, así como de los ricardianos y los proudhonianos de izquierda, no lo es menos que Gramsci desarrolló su crítica de la ciencia política a través del análisis de tres instancias de la «ciencia política». La primera era la nueva «ciencia política» pesimista que había surgido en Italia a principios del siglo xx, un análisis extraordinariamente influyente de la formación de las elites políticas, hasta el punto de que sigue siendo la base de la ciencia política moderna: la obra de Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels. El segundo fue el legado de Maquiavelo, que fue ganando importancia a medida que Gramsci intentaba comprender la trayectoria de la historia italiana –y, de hecho, europea– desde el Renacimiento, y cuya obra *El príncipe* serviría de ejemplo para su propio *príncipe moderno*: desde imaginar una «traducción» de Maquiavelo en el cuaderno 5 («si hubiera que traducir la noción de “príncipe” tal y como esta se utiliza en la obra de Maquiavelo al lenguaje político moderno, habría que hacer una serie de distinciones»)¹⁴, hasta proyectar «El príncipe moderno» en el cuaderno 8 a modo de «título general para la colección de ideas sobre la ciencia política que podrían reunirse en una obra de ciencia política, que sería concebida y organizada siguiendo las pautas de *El príncipe* de Maquiavelo»¹⁵. Una última forma de «ciencia política» la constituyó el debate socialista, anarquista y sindicalista sobre la política de la clase obrera, que dominó el primer cuarto del siglo xx, y que incluía los argumentos de Rosa Luxemburg y del sindicalista Alfred Rosmer en torno a la huelga de masas, así como los de Lenin y Trotsky sobre las revoluciones de 1905 y 1917¹⁶. Los *Quaderni del carcere* parten del mismo

¹³ *Ibid.*, 15, §10; *ibid.*, p. 244.

¹⁴ *Ibid.*, 5, §127, *ibid.*, p. 252.

¹⁵ *Ibid.*, 8, §21; *Prison Notebooks*, vol. 3, cit., p. 246.

¹⁶ *Ibid.*, 7, §16; *Selections from the Prison Notebooks*, cit. p. 236-238 («Rosa –de forma un poco apresurada y también bastante superficial– teorizó sobre las experiencias históricas de 1905» en *La huelga de masas, partido y sindicatos*, que fue, sin embargo, «uno de los documentos más significativos de teorización de la guerra de posiciones en relación con la ciencia política», *ibid.*, 13, §24; *ibid.*, p. 233).

imperativo: el deseo de Gramsci de teorizar más de una década de lucha política y, en particular, las ocupaciones de las fábricas de Turín de 1919-1920 y el posterior ascenso al poder de Mussolini.

Dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados

¿Dónde empieza entonces la crítica de la ciencia política? No con una nueva teoría del Estado, sino, tal y como sostiene Coutinho, con una forma simple, una relación fundamental. «El primer elemento de la política –sostiene Gramsci– es que realmente existen gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos. Toda la ciencia y el arte de la política se basan en este hecho primordial y (dadas ciertas condiciones generales) irreductible». Gramsci pone entre paréntesis el origen de esta división («un problema aparte, que habrá que estudiar por separado»)¹⁷, al igual que Marx puso entre paréntesis la famosa cuestión de los orígenes del trabajo asalariado y del capital. Gramsci no está escribiendo una historia de los gobernantes y gobernados, sino analizando la forma simple de dominación política. El dúo de dirigentes y dirigidos cumple la misma «función metodológica» que la mercancía en *El capital*, según explica Coutinho: «Es una figura “abstracta” (una “célula”, en palabras de Marx) que contiene en potencia todas las determinaciones más concretas de la totalidad»¹⁸. No se trata de naturalizar o cosificar la dualidad, sino de explorar la dialéctica del liderar, dirigir, conducir, representar: «¿La intención –se pregunta Gramsci– es que siempre haya gobernantes y gobernados, o bien el objetivo es crear las condiciones en las que esta división ya no sea necesaria? En otras palabras, la premisa inicial, ¿es la división perpetua de la raza humana o la creencia de que esta división es solo un hecho histórico que se corresponde con determinadas condiciones?»¹⁹.

La analogía que propone Coutinho con la mercancía es útil, pero también se podría pensar que estas «relaciones de liderazgo» cumplen una función metodológica análoga a la de las «relaciones de producción» de Marx. El cometido de la teoría de la hegemonía es, por lo tanto, análogo al de la teoría del valor de Marx. Surge del discurso de la ciencia política para desarrollar una crítica inmanente de ese discurso. Además, el concepto clave de «bloque histórico» acuñado por Gramsci también se basa parcialmente en el despliegue de este «elemento primordial» de dirigentes y dirigidos.

¹⁷ *Ibid.*, 15, §4; *ibid.*, p. 144.

¹⁸ C. N. Coutinho, *Gramsci's Political Thought*, cit. p. 48.

¹⁹ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., 15, §4; *Selections from the Prison Notebooks*, cit., p. 144.

Porque sí, por un lado, este es el término que él emplea para referirse a la totalidad social –la «unidad» entre «estructura y superestructura»–, también es el nombre que reciben las fuerzas sociales que elaboran esa unidad, el bloque histórico entre dirigentes y dirigidos, que es posible gracias a una vinculación orgánica²⁰. Si se acepta el argumento de que la obra de Gramsci se entiende mejor no como «una teoría marxista de la política», que prescribe una forma determinada de partido o de Estado, sino como una «crítica de la ciencia política» en la que la teoría de la hegemonía disuelve las reificaciones de dirigentes y dirigidos, gobernantes y gobernados, cualquier «ciencia» de elites y subalternos, ¿cuáles son entonces los fundamentos de su crítica?

Recordemos por un momento el pasaje del cuaderno 8 en el que Gramsci esboza por vez primera los dos proyectos del «príncipe moderno», las dos mitades de su crítica de la ciencia política. «El príncipe moderno debe centrarse únicamente en estos dos puntos básicos: la formación de una voluntad colectiva popular nacional de la que el príncipe moderno es la expresión activa y operativa» y «la cuestión de la reforma moral e intelectual, es decir, la cuestión de la religión y la visión del mundo»²¹. Este último proyecto –«la cuestión de la reforma moral e intelectual»– marcaría «cualquier movimiento cultural que pretendiera reemplazar el sentido común y las viejas concepciones del mundo en general». Aquí Gramsci desarrolla una rica e influyente teoría de las «concepciones del mundo», así como de la forma en que surgen y se modifican, a través de una reinterpretación no solo de la «religión y la visión del mundo», sino también del sentido común y la sensatez, la filosofía y la ideología, el lenguaje y el folclore, así como de una exploración detallada de lo que él llama «las formas de organización cultural que mantienen el mundo ideológico en movimiento dentro de un determinado país»²². En el centro de esta teoría de las «concepciones del mundo» se encuentra su rechazo de la autonomía social de las cuestiones intelectuales y culturales, su insistencia en que todo el mundo es un intelectual, aunque solo algunos de nosotros tengamos asignada la función de intelectuales en la división social del trabajo²³.

Esta «segunda» parte del proyecto del príncipe moderno es bien conocida y sigue influyendo en la teoría crítica. Me gustaría sugerir que su

²⁰ *Ibid.*, 4, §33; *ibid.*, p. 137.

²¹ *Ibid.*, 8, §21; *Prison Notebooks*, vol. 3, cit. pp. 249, 248.

²² *Ibid.*, 11, §12; *Selections from the Prison Notebooks*, cit., pp. 340-342.

²³ *Ibid.*, 12, §1; *ibid.*, p. 9.

primera mitad, que trata de las cuestiones planteadas por la pregunta «¿se dan las condiciones básicas para el despertar de una voluntad colectiva nacional-popular?²⁴», se construye no a partir de una noción *a priori* del Estado o del partido político, sino de un rechazo paralelo de la autonomía de lo político y una insistencia paralela en que «todos somos legisladores», aunque no todos tengamos la función de legisladores –o de políticos– en la división social del trabajo²⁵. Es una frase curiosa (un crítico se refiere a ella como una «expresión extraña»²⁶) y, hasta donde yo sé, pocos comentaristas se han fijado en ella. ¿Significa simplemente que todos somos ciudadanos en una república democrática, votantes que legislamos delegando nuestra autoridad en los representantes elegidos y en los partidos políticos? ¿O se trata de un llamamiento a algún tipo de legislación directa, a «iniciativas electorales» en las que los ciudadanos promuevan y voten actos legislativos específicos?

La pregunta «¿Quién es un legislador?» surge por vez primera en el invierno de 1932-1933 en el cuaderno 14 de «miscelánea», un lugar donde Gramsci elaboraba nuevas formulaciones, al tiempo que recopilaba ideas que ya había desarrollado en los cuadernos temáticos²⁷. Gramsci comienza su respuesta señalando que «la palabra “legislador” puede de hecho interpretarse en un sentido muy amplio», que la noción de legislador debe entenderse «no solo en el sentido restringido de la actividad parlamentaria-estatal, sino también en el de cualquier otra actividad “individual” que pretenda, en ámbitos más o menos amplios de la vida social, cambiar la realidad según ciertas pautas»²⁸. «Dado que todos los seres humanos son “seres políticos”, todos son también “legisladores”», argumenta. Aunque en su significado oficial los legisladores son «aquellas personas que están facultadas por la ley para promulgar

²⁴ *Ibid.*, 8, §21; *Prison Notebooks*, vol. 3, cit., p. 248.

²⁵ *Ibid.*, 14, §3; *Selections from the Prison Notebooks*, cit., pp. 265-266.

²⁶ Peter Ghosh, «Gramscian Hegemony: An Absolutely Historicist Approach», *History of European Ideas*, vol. 27, núm. 1, 2001, p. 5.

²⁷ La nueva lectura «filológica» del desarrollo del pensamiento de Gramsci a lo largo de los cuadernos ha constatado la importancia de estos últimos cuadernos misceláneos: «Hay que recordar –afirma Cospito (pp. 35-36)– que los cuadernos 14 y 15 en particular (a diferencia de muchos cuadernos «especiales» coetáneos, que a menudo quedan interrumpidos después de solo unas pocas páginas) fueron apurados a fondo por Gramsci, quien a veces escribe incluso en ambos márgenes de cada página, como si se percatara de que el espacio (y el tiempo) disponible era ya insuficiente para plasmar todo lo que tenía que decir».

²⁸ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., 14, §9, pp. 1662-1663.

leyes», «todos somos legisladores en el sentido más amplio de la expresión», porque cada uno de nosotros «contribuye a modificar el entorno social en el que se desarrolla (modificando algunas de sus características o preservando otras); es decir, tiende a establecer “normas”, reglas de vida y de comportamiento». «El círculo de actividad propio puede ser mayor o menor –señala– [y] el poder de representación puede ser mayor o menor». Pero ello solo significa que la propia legislación «se pondrá en práctica en mayor o menor medida en su expresión normativa y sistemática por parte de los “representados”. Un padre es un legislador para sus hijos, pero la autoridad paterna será más o menos consciente, más o menos obedecida, etcétera»²⁹.

Gramsci sí reconoce los diferentes grados de poder que tienen los legisladores: «La distinción entre los hombres comunes y otros que son más específicamente legisladores viene dada por el hecho de que este segundo grupo no solo formula las directrices que se convertirán en norma de conducta para los demás, sino porque al mismo tiempo crea los instrumentos mediante los cuales las propias directivas serán “impuestas”». «De este segundo grupo, el mayor poder legislativo corresponde al personal público (tanto los cargos electos como los funcionarios de carrera), que tienen a su disposición los poderes coercitivos legales del Estado. Pero ello no significa –añade– que los dirigentes de organizaciones y organismos “privados” no dispongan de poder sancionador coercitivo»³⁰. La clave radica en comprender la práctica común de legislar en la vida cotidiana. «Si todo el mundo es un legislador en el sentido más amplio de la expresión, sigue siendo un legislador aunque acepte directrices de otros, si, al cumplirlas, se asegura de que los demás también las cumplan y si, habiendo entendido su espíritu, las propaga como si las convirtiera en reglas específicamente aplicables a zonas habitadas limitadas y definidas»³¹. Todo el mundo es conductor de otros, ya sea liderando y dirigiendo –como los directores de orquesta– o bien siguiendo y haciendo circular, a la manera de los conductores en los sistemas eléctricos.

La estructura de esta argumentación de Gramsci es un claro reflejo de su tesis anterior sobre la actividad intelectual, mientras el concepto de «normas de conducta» es análogo al de las «concepciones del mundo».

²⁹ *Ibid.*, 14, §13; *Selections from the Prison Notebooks*, cit., pp. 265-266.

³⁰ *Ibid.*; *ibid.*, p. 266.

³¹ *Ibid.*; *ibid.*

En un cuaderno anterior Gramsci ya había desarrollado esta idea de las normas de conducta: por un lado, «la ley, en tanto que expresión de la clase dominante [...] “impone” al conjunto de la sociedad aquellas normas de conducta que están más estrechamente relacionadas con su propia *raison d'être* y su propia expansión»³²; por otro lado, la «ética de grupo» de una asociación política que «pretende extenderse a toda una agrupación social [...] debe considerarse capaz de convertirse en una norma de conducta para la humanidad en su conjunto»³³. Sin embargo, ahora Gramsci amplía la idea. En nuestra vida cotidiana, en círculos más o menos amplios, cada uno de nosotros establece normas de conducta, reglas de vida, en gran parte aceptándolas, llevándolas a cabo y haciendo que los que nos rodean las cumplan. Si las «normas de conducta» son análogas a las «concepciones del mundo», las formas de organización política –lo que Gramsci denomina «organismos colectivos»– son tan centrales para «la formación de la voluntad colectiva nacional-popular» como lo son las «formas de organización cultural» para la reforma moral e intelectual. Así como todo el mundo es un legislador, todo el mundo está también organizado: «En una sociedad determinada, nadie está desorganizado y sin partido, siempre que la organización y el partido se entiendan en sentido amplio, en un sentido no formal»³⁴.

Un teórico de la actividad organizativa

En la mayoría de las lecturas de Gramsci lo que se acentúa en este pasaje es el «partido»: nadie carece de partido. Yo querría acentuar el otro término –nadie está «desorganizado»– para sugerir la idea de que el análisis de Gramsci del partido debe entenderse como una instancia de su teoría más amplia de organizar y de la organización. Su legado para el pensamiento político contemporáneo reside menos en las formas específicas que habitó que en las cuestiones que planteó con respecto a la organización. Esto puede parecer poco convincente, ya que seguramente en los *Quaderni del carcere* el término «partido» es más relevante que los de «organización» u «organizador»: después de todo, según escribe en uno de los pasajes más famosos, el príncipe moderno «no puede ser una persona real, un individuo concreto»; «solo puede ser un organismo, un elemento complejo de la sociedad en el que una voluntad colectiva, que ya había sido reconocida y se ha afirmado hasta cierto punto en la acción, comienza a tomar forma

³² *Ibid.*, 6, §98; *Prison Notebooks*, vol. 3, cit., pp. 83-84.

³³ *Ibid.*, 6, §79; *ibid.*, p. 63.

³⁴ *Ibid.*, 6, §136; *ibid.*, p. 107.

concreta. La historia ya ha proporcionado este organismo y es el partido político: la primera célula en la que confluyen los gérmenes de una voluntad colectiva que tiende a ser universal y total»³⁵.

Pero, ¿y si el partido político fuera simplemente el organismo que él conoció? ¿Y si su verdadero legado fuera en realidad una teoría de los organismos y de la organización? Lo que pretendo sugerir es que el lugar aparentemente marginal que ocupa el concepto de organización en Gramsci es un síntoma del hecho de que la «actividad organizadora» era un fenómeno emergente en aquel momento, del cual él puede ser considerado como uno de sus primeros grandes teóricos. Al parecer, Joe Hill (contemporáneo de Gramsci), justo antes de su ejecución en 1915, telegrafió: «No perdáis el tiempo con lutos. Organizaos» y a día de hoy el eslogan se antoja como una expresión paradigmática del radicalismo norteamericano. Si bien es cierto que en Estados Unidos los partidos obreros o socialistas nunca conocieron el éxito, sus poderosas tradiciones de organización obrera y comunitaria, desde el boicot de autobuses de Montgomery y de los trabajadores agrícolas de César Chávez hasta el sindicalismo del sector de servicios inspirado en el modelo del movimiento social de UNITE HERE, encarnan una ideología específica, que puede sintetizarse en los célebres escritos y en las enseñanzas de Saul Alinsky³⁶. La «actividad organizativa» tiene una historia: de hecho, tal y como se señala en el Oxford English Dictionary, los primeros usos en inglés del término *organizer* como «persona cuyo trabajo consiste en organizar las actividades de un sindicato, partido político u organismo similar» datan de la década de 1870 en Estados Unidos, donde los Knights of Labor y la Miners' National Association designaron formalmente a «*organaizers*». En las décadas de 1880 y 1890, los sindicatos pasaron a denominarse «organizaciones de trabajadores», una expresión con connotaciones muy diferentes a las ideas saint-simonianas y fourieristas sobre la «organización del trabajo» en la década de 1840.

En 1911, Robert Michels, antiguo miembro de los partidos socialistas alemán e italiano, había situado la cuestión de la organización en el centro del pensamiento político en su pionero estudio sobre los partidos, una obra adscrita a esa «ciencia política» de nuevo cuño a la que Gramsci alude

³⁵ *Ibid.*, 13, §1; *Selections from the Prison Notebooks*, cit., p. 129.

³⁶ En particular, Saul Alinsky, *Rules for Radicals: A Pragmatic Primer for Realistic Radicals*, Nueva York, 1971; ed. cast.: *Tratado para radicales*, Madrid, Traficantes de sueños, 2012.

de manera recurrente en sus *Quaderni del carcere*. «La organización parece ser el único medio para la creación de una voluntad colectiva», escribió en su preámbulo, una frase que tendría su eco en Gramsci. «La organización, que se basa de hecho en el principio del mínimo esfuerzo, es decir, en el de la mayor economización posible de energía, es el arma de los débiles en su lucha contra los fuertes». Michels señala a continuación que «los socialistas [son] los más fanáticos de entre todos los partidarios de la idea de organización». «La organización se ha convertido en un principio vital de la clase trabajadora»³⁷. Sin embargo, en la década de 1920 la teoría socialista de la organización estaba aún poco desarrollada: esa era al menos la impresión de J. B. S. Hardman, un activista marxista yidis que había emigrado a Estados Unidos tras la Revolución Rusa de 1905 donde se convirtió en el director de formación del Amalgamated Clothing Workers of America. En 1928, tras constatar la ausencia de cualquier intento de «esbozar una técnica de organización sindical», Hardman solicitó la creación de una escuela de formación para organizadores «a fin de dotar de método al problema de la organización de los trabajadores»³⁸. Con el repliegue de las esperanzas revolucionarias a principios de la década de 1920, el movimiento comunista pasó también a centrarse en las cuestiones organizativas en un intento de reconfigurar los partidos en torno a «núcleos» de fábrica (en lugar de las tradicionales unidades territoriales) y a «fracciones» dentro de sindicatos y cooperativas. Esto puede verse articulado en el compendio *Lenin on Organization*, publicado en 1924, con una introducción a cargo del militante lituano de la Komintern Vincas Kapsukas, quien resaltaba en la misma las dotes del recientemente fallecido Lenin como teórico de la organización³⁹. En 1927, los comunistas estadounidenses habían lanzado una revista interna, *Party Organizer*. La cuestión organizativa estaba en el ambiente y el problema de formar y educar a los jóvenes militantes en este espíritu es una preocupación central de los *Quaderni del carcere*.

³⁷ Robert Michels, *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*, Nueva York, 1915, pp. 21, 22; ed. orig.: *Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie. Untersuchungen über die oligarchischen Tendenzen des Gruppenlebens*, Leipzig, 1911; ed. ital.: *La sociologia del partito politico nella democrazia moderna: studi sulle tendenze oligarchiche degli aggregati politici*, Turín, 1912; ed. cast.: *Los partidos políticos: un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Madrid, 2008.

³⁸ J. B. S. Hardman (ed.), *American Labor Dynamics*, Nueva York, 1928, p. 97.

³⁹ La traducción inglesa, *Lenin on Organization*, Chicago (IL), 1926, constituía el primer volumen de la *Lenin Library* publicada en Estados Unidos; este volumen se publicó por primera vez en alemán en 1924 y en 1928 apareció una edición francesa.

La insistencia de Gramsci en la necesidad de entender la organización «en un sentido amplio, no formal», le permite resistir a la división ideológica entre la esfera «pública» de la política y la esfera «privada» de la producción y la reproducción; él no considera únicamente a los legisladores del Estado parlamentario-administrativo, sino también a los legisladores de la fábrica y el hogar. He argumentado en otro lugar que «la noción [de Gramsci] de la “organización del trabajo” vincula su análisis inmediato de los consejos de fábrica de Turín con sus reflexiones, realizadas ya en la cárcel, sobre los métodos “americanos” de Ford y Taylor»⁴⁰. Aquí simplemente quiero sugerir que, para Gramsci, la organización del trabajo significa no solo el proceso de trabajo –cómo se organiza el trabajo por parte del empresario, es decir, las cuestiones planteadas por el taylorismo y la gestión científica del mismo (la subsunción real del trabajo en el sentido de Marx)–, sino también la política en el trabajo (cómo se lleva a cabo el trabajo, las normas que regulan el trabajo): cómo la hegemonía (el liderazgo de los trabajadores así como el dominio del capital sobre ellos) «nace en la fábrica»⁴¹.

Contra el fetichismo político

La teoría de la organización de Gramsci es, pues, una crítica tanto de la ciencia política «pesimista» de Pareto y Michels, como de la «optimista» ciencia de la gestión de Frederick Taylor y de los estudios de Hawthorne. De hecho, la «organización científica» podría considerarse como una respuesta de la clase obrera a la «gestión científica»; y así como la teoría de la gestión pasa del modelo técnico y disciplinario de Taylor al modelo de «relaciones humanas» de Mayo, Gramsci pasa de un modelo técnico –con su retórica de las «correas de transmisión» y de las «células» y los «núcleos» de los lugares de trabajo– a la actividad organizativa como un acto de hegemonía consistente en dirigir y ganar el consentimiento. En el centro de las reflexiones de Gramsci sobre la organización radica una teoría específica de lo que podríamos llamar fetichismo político. El análisis de Marx sobre la «religión de la vida cotidiana» incluía varias formas de fetichismo: el de las mercancías, pero también el fetichismo del salario, del interés y del capital. En el cuaderno 15, Gramsci efectúa un análisis del fetichismo político u organizativo, que vendría a traducirse como lo que

⁴⁰ Michael Denning, «“Once again on the organic capacities of the working class”: Antonio Gramsci as a theorist of labour», en Joseph Francese (ed.), *Perspectives on Gramsci*, Londres, 2009, p. 72.

⁴¹ Una frase empleada por primera vez en A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., 1, §61; *Prison Notebooks*, vol. 1, cit., p. 169.

está en juego cuando un «organismo colectivo» es imaginado, por sus propios miembros, como si actuara por sí mismo. Aparece como «una entidad alejada de sí misma», un «fantasma del intelecto, un fetiche». «El individuo espera que el organismo funcione, aunque no lo haga». Llega a aparecer como una «entidad fantasmagórica, la abstracción del organismo colectivo, una especie de divinidad autónoma, que no razona con ninguna mente concreta, pero que sin embargo razona, que no se mueve con las piernas decididas de los hombres, pero que sin embargo se mueve». Se trata, escribe Gramsci, de «una forma de pensar muy extendida», tal vez un residuo de la trascendencia católica y de los regímenes paternalistas, que es «común a una serie de organismos, desde el Estado hasta la nación»; «lo que resulta sorprendente, y característico, es que el fetichismo de esta índole se reproduce en los organismos “voluntarios”, de tipo no público ni estatal, como son los partidos y los sindicatos»⁴².

Para combatir este tipo de fetichismo político, Gramsci insiste en historizar las formas de organización política. Si la organización y el partido, en su sentido más amplio, son efectivamente fundamentales, no hay que cosificar formas específicas de organización, ya se trate de sindicatos, consejos de fábrica o partidos políticos, que en todos los casos están conformados por situaciones históricas específicas. Consideremos lo que Gramsci escribe sobre Hegel y Marx: Hegel, señala, «ya va más allá del puro constitucionalismo y teoriza el Estado parlamentario con su régimen de partidos». Sin embargo, «su concepción de la asociación no puede sino ser vaga y primitiva todavía [...] en consonancia con la experiencia histórica de la época, [que] solo ofrecía un ejemplo consumado de organización: el “corporativo” (la política incrustada en la economía)». Aunque Marx, por otra parte, «no podía tener experiencias históricas superiores (o, cuando menos, muy superiores) a las de Hegel [...], sí tenía un sentido de las masas gracias a su actividad como periodista y agitador». Sin embargo, concluye Gramsci, «el concepto de organización en Marx continúa preso de estos elementos: organización comercial, clubes jacobinos, conspiraciones secretas de pequeños grupos y organización periodista»⁴³. Para Gramsci, es un profundo error tomar las formas de organización obrera como permanentes o naturales⁴⁴. Un análisis gramsciano del concepto

⁴² A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit. 15, §13, p. 1770.

⁴³ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., I, §47; *Prison Notebooks*, vol. I, cit., pp. 153-154.

⁴⁴ A. Gramsci, *Selections from Political Writings 1910-1920*, Quintin Hoare ed., Londres, 1977, pp. 74-76; véase M. Denning, «“Once again on the organic capacities of the working class”: Antonio Gramsci as a theorist of labour», cit. p. 74.

de organización de Gramsci tendría que concluir que él mismo quedó prisionero de las formas de su tiempo: círculos culturales y educativos de la clase obrera urbana, partidos socialistas parlamentarios, consejos de fábrica fordistas y un embrión de partido comunista.

Además, Gramsci sostiene que existe un nexo vital entre clase y formas de organización política. Así como las diferentes clases tienen diferentes relaciones con las concepciones culturales del mundo, igualmente tienen diferentes relaciones con las normas legisladoras de conducta. «En la lucha política no hay que imitar los métodos de las clases dominantes o, de lo contrario, se caerá en fáciles emboscadas», insiste. Las características de la clase llevan a una diferencia fundamental: una clase que debe trabajar todos los días en horario regular no puede tener organizaciones de asalto permanentes y especializadas, a diferencia de una clase con recursos financieros abundantes, cuyos miembros no están limitados en absoluto por trabajos regulares». «Por lo tanto, las tácticas de comando no pueden tener la misma importancia para unas clases que para otras»: «la fijación con el modelo militar es una locura»⁴⁵. En efecto, debido a la realidad del trabajo, la dialéctica de dirigentes y dirigidos presente en la clase obrera, la cuestión de la hegemonía de esta, tiene un carácter específico. Esto le llevará a señalar los límites de la huelga —que hasta el día de hoy se considera una de las formas más elevadas de organización—, porque se limita a llamar a la gente común a mostrar las «cualidades [de la] solidaridad, la obediencia a la organización de masas, la fe en sus líderes, el espíritu de resistencia y de sacrificio», a diferencia del potencial que existe en «la ocupación de las fábricas», que «requería una multiplicidad de elementos activos y primordiales»⁴⁶. Se podría decir que en las ocupaciones de fábricas los trabajadores comunes y corrientes emergieron como «legisladores orgánicos», creando nuevas normas de conducta, nuevas maneras de realizar el trabajo.

Orquestas

En sus reflexiones sobre la dialéctica de la guía y la dirección en la vida cotidiana de la clase obrera, Gramsci vuelve varias veces sobre la imagen de una orquesta (que ya había aparecido en *El capital*). Aparece por vez

⁴⁵ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., I, §133; *Prison Notebooks*, vol. I, cit., pp. 217-218.

⁴⁶ A. Gramsci, *Selections from Political Writings 1921-1926*, cit., pp. 418-419.

primera en la larga nota del cuaderno 2, que resume y critica el relato de Michels sobre los partidos políticos y que viene a ser un momento inaugural en la crítica de Gramsci a la ciencia política. Gramsci critica la falta de atención de Michels a las cuestiones de clase en las formas de liderazgo político y escribe que «si no hay diferencia de clase, la cuestión pasa a ser puramente técnica –la orquesta no cree que el director sea un jefe oligárquico– relacionada con la división del trabajo y la educación»⁴⁷. Aquí la orquesta y su director se convierten en un modelo de relación técnica de liderazgo. En el segundo caso, la orquesta pasa a encarnar una relación política de consenso. En una breve nota en el cuaderno 8 sobre «obedecer y mandar», la orquesta y su director se convierten en un ejemplo de «acuerdo previo, de colaboración; el mando es una función distinta, no impuesta jerárquicamente»⁴⁸. El tercer caso está contenido en la importante nota tardía sobre el fetichismo político, ya comentada. Aquí la orquesta se convierte en la figura de un organismo colectivo que no es ajeno a una entidad fantasmagórica, pero que encarna una unidad lograda: «Una conciencia colectiva, que es un organismo vivo, no se forma hasta que la multiplicidad se ha unido por la fricción de los individuos: como tampoco puede decirse que el “silencio” no sea multiplicidad. Una orquesta que ensaya, donde cada instrumento actúa por su cuenta, da la impresión de la más horrible cacofonía; sin embargo, estos ensayos son la condición para que la orquesta viva como un solo “instrumento”»⁴⁹.

Ninguna de las antinomias políticas a las que se enfrentó Gramsci en la época del partido socialista del trabajo –el siglo que abarca desde los socialdemócratas alemanes hasta el Partido de los Trabajadores de Brasil– se ha superado. Al igual que Gramsci, vivimos en una época confusa. Por un lado, la memoria reciente de unas ocupaciones cautivadoras ha generado nuevas fuerzas políticas: nuestro Turín fue Zuccotti Park y Standing Rock, y nuestros Gramscis son Alexandria Ocasio-Cortez y las congresistas del grupo Squad. (AOC ha dicho: «La forma en que pienso en mí misma es como una organizadora». «Desde el principio, siempre me centré en organizar a la gente, en construir una coalición y profundizar esa coalición con otros organizadores y organizadoras»⁵⁰.) Por otra parte, el espectro de la violencia policial y fascista se extiende por todo el continente, así como resuenan los cánticos de *I can't breathe* y el Say

⁴⁷ A. Gramsci, *Quaderni del carcere*, cit., 2, §75; *Prison Notebooks*, vol. 1, cit., p. 323.

⁴⁸ *Ibid.*, 8, §45; *ibid.*, vol. 3, cit., p. 263.

⁴⁹ *Ibid.*, 15, §13, p. 1771.

⁵⁰ Alexandria Ocasio-Cortez, «In Her Own Words», *Jacobin*, 11 de julio de 2018.

Their Names Project tras los asesinatos de George Floyd, Breonna Taylor y muchas otras personas. La orquesta de la izquierda parece seguir ensayando, cada instrumento por su cuenta, dando la impresión de la más horrible cacofonía, aderezado todo ello con ciertas versiones de espontaneísmo militante (la ocupación de las plazas, el vertiginoso activismo del hashtag, de #blacklivesmatter y #MeToo), que compiten con las insurrecciones en los partidos parlamentarios. Además, nos enfrentamos a nuevos Boulangers, demagogos farsantes y trumpianos, que movilizan el miedo ante la crisis. Sin embargo, estos ensayos son la condición para que la orquesta viva como un solo instrumento.

Permitásemme subrayar lo que está en juego en la defensa de Gramsci como teórico de la actividad organizativa. La era del partido ha terminado: esto parece cierto no solo en Estados Unidos, sino también si contemplamos la deriva similar de otros regímenes electorales parlamentarios, que parecen haberse contagiado. Como resultado, los jóvenes activistas se consideran como organizadores (de variado tipo) y no como miembros de un partido. Así las cosas, la teoría de Gramsci del partido no es un legado tan crucial como su teoría de la actividad organizadora; además, su relato es más rico que la ideología de la actividad organizadora heredada de la tradición estadounidense, que tiende a separar las cuestiones «ideológicas» de las «pragmáticas»⁵¹. Gramsci no dejó un manual de soluciones políticas; si acaso, nos legó un vehemente recordatorio de que las formas de organización política se transforman continuamente por lo que corremos el riesgo de aferrarnos a formas agotadas. Pero sus cuadernos de la cárcel, escritos en la derrota, bajo el fascismo, ofrecen una forma de repensar la política popular –la reforma de la voluntad colectiva nacional-popular– en el lugar de trabajo, en el barrio, en el hogar, en las comisarías de policía, en las escuelas e incluso en el poder legislativo: es decir, en todos los lugares donde se viven y deben transformarse las normas de conducta, allí donde todos somos legisladores.

⁵¹ Para un análisis y una crítica contundentes de esta tradición, véase el trabajo de Jane McAlevey, *Raising Expectations and Raising Hell: My Decade Fighting for the Labour Movement*, Londres, 2012, y *No Shortcuts: Organizing for Power in the New Gilded Age*, Nueva York, 2016.